

Cultura de paz, seguridad y democracia en Cuernavaca

Publicación: 07.11.2003

Pietro Ameglio

Ayer se presentó en un auditorio de la UAEM el libro *Culturas de paz, seguridad y democracia en América Latina*, editado el año pasado por Ursula Oswald y Mario Salinas, en un esfuerzo considerable por reunir diferentes enfoques y propuestas alrededor de temas centrales para la actual etapa de la humanidad. Tuve la suerte de poder colaborar en esta publicación con un artículo acerca de alternativas no violentas a la Paz armada. Aprovechando la coyuntura, quisiera ahora retomar alguna reflexión sobre el tema general del libro con relación a nuestra propia realidad.

La actual concepción de paz que nos atraviesa se relaciona íntimamente con otro concepto al que se quiere asociar como sinónimo: la seguridad, particularmente en México, pero se trata de un proceso internacional a gran escala donde están cambiando los roles de la ciudadanía y de las fuerzas armadas. Las distintas formas de expropiación han incrementado la inseguridad del ciudadano en los últimos años, generando la defensa del territorio a través de guardias armadas o de seguridad; el incremento del gasto armamentista; la transformación de fuerzas auxiliares de seguridad pública contingentes en fuerzas orgánicas en permanente reclutamiento; la militarización de la vida civil y de las comunidades rurales; la formación de redes para el control de la sociedad y para fomentar la vigilancia mutua y las modificaciones a la Constitución y a leyes estatales.

La máxima expresión de esta cultura la vemos en la siembra del aterrorizamiento masivo a partir de información manipulada que han venido haciendo el presidente Bush y su establishment en su país y el resto del mundo, situación social que les garantiza la continuidad de su poder e impunidad. Para ella resulta fundamental instalar la construcción del enemigo, su personificación, la creencia que eliminando o vigilando a la persona o al grupo se elimina la causa de la rebeldía a través de castigos ejemplares (el bombardeo indiscriminado sobre civiles, la pena de muerte, por ejemplo, o las paredes pintadas que vemos en Cuernavaca de *Vecino vigila a tu vecino*), la polarización de la sociedad en un nosotros contra ellos, puros e impuros.

¿Por qué mantener aterrorizada a la población, además de para conservar el poder político? Pues porque la venta de armas y seguridad es el mayor negocio en esta etapa del capitalismo. Los cinco países encargados de la paz en el mundo: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Rusia y China, son a la vez los cinco mayores productores de armas del mundo. Cada minuto se gasta en el mundo 1 millón de dólares en armas; hay guerras en uno de cada cuatro países.

Para cultivar esta cultura y gran negocio militarista se va instalando progresivamente, a largo plazo, una soldarización en la sociedad civil y en la ciudadanía. Ese proceso lleva a que la población desee la seguridad por encima de todo, de ahí que la estrategia de los regímenes consista primero en sembrar la sensación de inseguridad generalizada, hasta el grado de que se sienta terror en salir a la calle; así en medio de esa falta de reflexión colectiva se genera la paradoja más cruel: pedir seguridad al mismo que siembra la inseguridad. Este proceso crea una confusión al sobreponer a la idea de paz la de seguridad, considerando así a la paz en su carácter de paz armada, o como la sola ausencia de violencia, que se constituye en el privilegio de los que en la sociedad

tienen el poder económico de comprarla. En realidad, el verdadero problema radica entonces en la construcción de la seguridad más que en la inseguridad, construida desde los ámbitos del poder y sus complicidades.

En Cuernavaca, resulta particularmente penoso e indignante asistir a la privatización creciente de los espacios públicos, donde cada mes se cierran nuevas calles con grandes portones enrejados, electrificados, con carteles de rayos y perros feroces que advierten de

No pasar, con policías camuflados pidiendo identificaciones y escrutando amenazadoramente. Lo primero que uno se pregunta es con qué permiso legal han cerrado esa calle pública y me piden documentos para pasarla. Igual pregunta cabría para los retenes en las rutas, en la autopista, para la creación de cuerpos especiales de policía, para las tareas del ejército en la vigilancia delictiva. Y todos miramos impávidos la normalización de esta cultura bélica dentro de nuestra propia colonia, y si protestamos somos calificados de subversivos.

Al reforzar la soldarización ciudadana, se oculta así el verdadero carácter de la paz en su aspecto activo y constructivo, en el terreno de la justicia social para todos y todas, del control de la sociedad sobre los poderes públicos, del pleno respeto hacia la autonomía de cada individuo y comunidades sociales, de la imparcialidad de la ley. Por ello nuestras autoridades no consultan a la ciudadanía sobre estos temas, no la hacen participar más que en la delación, y fomentan cada vez mayor desempleo con la imposición de modelos económicos el servicio de las transnacionales o del gran capital, que no crean más empleos sino que arrasan con toda forma de pequeño comercio, campesinado, cultura y costumbres locales. Así es lógico que crezca la delincuencia, sea la de cuello blanco que la pequeña.

Una de las características principales por las que se instala esta cultura de la paz armada es por la indefensión de la mayoría de la población ante los medios, ante la sociedad de consumo que presenta todo como inevitable (el fin de la historia) y que sucede en el mejor de los modos, porque la autoridad así lo afirma. Hemos perdido la capacidad de pensar» (menos aún de pensar en voz alta con otros), de imaginar algo mejor. Un triunfo clave de los medios, del poder, ha sido lograr el desinterés social por la historia -borrar la memoria colectiva-, que todos la consideren aburrida, que la manipulen y simplifiquen en buenos y malos (otro principio de la guerra es la polarización de la sociedad). No hay perspectiva histórica en la sociedad en general, más que la visión oficial (héroes y villanos), por lo tanto se cree las atroces mentiras que todo siempre fue igual y seguirá siendo igual o que estamos progresando y entrando a la modernidad. Así, importantes logros que costaron muchas vidas y esfuerzo se pierden con facilidad, no se valora que para que fueran reales muchas conquistas sociales de las que disfrutamos ahora hubo que luchar y sacrificarse, que movilizarse y arriesgar, no se valora que al despreciar la cultura y el medio ambiente nos despreciamos a nosotros mismos como especie humana.

Finalmente, otro elemento fundamental en la construcción de la paz, y tan contrario a la cultura maquiavélica en que vivimos, es la relación entre los medios y los fines. Decía Gandhi: si queremos construir una paz, los medios que vamos a usar para construirla tienen que estar de acuerdo al objetivo que queremos; los medios son ya un fin en sí mismos, y por tanto deben ser tan puros como los fines; el camino ya es la meta. No podemos, entonces, construir una cultura de paz bombardeando civiles, cerrando calles públicas con rejas y guardias, poniendo más policía en la calle.

